

Piñero, A. (edición de), *Los libros del Nuevo Testamento. Traducción y comentario*, Madrid, Trotta, 2021, 1661 pp. ISBN: 978-84-1364-024-2.

Recoge el historiador Peter Brown la anécdota de un cliente que acudió a un librero de Londres que se ufanaba de poseer la Biblia en todos los idiomas posibles y le solicitó un Nuevo Testamento —en adelante NT— en griego. El buen hombre consultó sus ficheros, ojeó las estanterías y, al no encontrarlo, tras una larga espera respondió a su cliente entre avergonzado y sonrojado: «Perdone Ud., pero creo que el griego es la única lengua a la que aún no ha sido traducido el NT». Me ha venido a la mente esta anécdota al leer el inicio de la Introducción de la presente obra de Antonio Piñero: «Desde el punto de vista de la lengua, el NT está todo él sin excepción escrito en griego». Y me asalta una pregunta: ¿cuántos de los posibles lectores españoles saben en qué lengua fue escrito el NT? En un país en el que la ignorancia de todo lo relativo a la religión es tan profunda y extendida y, de manera especial, lo relativo a los textos bíblicos, me imagino que muy pocos. Respecto a esta ignorancia me permito recordar una anécdota que he publicado en otra ocasión. Durante la época de la Segunda República hubo en Santander un alcalde muy popular, pero tan ignorante de religión como la mayoría de sus conciudadanos. Con motivo de una visita oficial a la ciudad de un Presidente de la República, no recuerdo si Niceto Alcalá Zamora o Manuel Azaña, fue a recibirle a la estación y le entregó, según costumbre, al poner el pie en tierra, el bastón de mando. El recién llegado pronunció unas primeras palabras que, sin duda, había meditado durante el largo viaje en tren: «Es para mí un honor poner el pie en la tierra que vio nacer al autor de *Los Heterodoxos*». Al bueno del alcalde, Macario Rivero se llamaba, esto le sonó a cosa de iglesia por lo que pensó que se refería a los santos mártires, patronos de la ciudad, San Emeterio y san Celedonio, y le respondió sin titubear: «Sí, Señor Presidente, los queremos mucho y los sacamos todos los años en procesión». Al margen de lo divertido de la anécdota, también me pregunto cuántos de los ciudadanos actuales de Santander saben lo que se esconde bajo el término *Los Heterodoxos*.

Si he traído a colación estas anécdotas es porque hay que dar la bienvenida a una obra como la presente escrita en español y por un español como Antonio Piñero y un grupo de colaboradores, en un país donde los estudios bíblicos con espíritu histórico-crítico datan de antes de ayer. España se ha incorporado a los estudios científicos en el campo de la Humanidades con al menos un siglo de retraso respecto a los países de su entorno. Aunque los primeros pasos en nuestras universidades se comenzaron a dar en los años sesenta y setenta del pasado siglo, hay que reconocer que en el campo de los estudios bíblicos han aparecido en nuestro país figuras tan relevantes a nivel internacional como Julio Treballe, Florentino García Martínez, Natalio Fernández Marcos y otros. De esta misma generación de biblistas forman parte Antonio Piñero y los colaboradores que han escrito una obra como la presente que está al nivel de los estudios más avanzados en otros países, que, como he dicho, nos llevaban al menos un siglo de adelanto. Por ello no cabe sino celebrar su aparición y la existencia de una editorial como Trotta que ha asumido el riesgo de su publicación en un país donde son muy pocos los que leen la Biblia.

El libro que comentamos es una nueva traducción del NT con actualizadas introducciones a cada libro y ricos comentarios al texto. El primer problema que plantea una obra como esta y mucho más tratándose de un libro considerado sagrado es su traducción. Si Dios es el autor de las Sagradas Escrituras, como dice el catecismo de la Iglesia Católica, Dios se ha expresado a los hombres en su propia lengua, que para los judíos no era otra que el hebreo y después para los cristianos el griego y para los musulmanes el árabe. El texto revelado, por lo tanto, solo se debería leer en la lengua en que fue revelado. Los musulmanes han sido consecuentes con ello y su texto sagrado no se puede traducir a ninguna otra lengua. Pero los judíos alejandrinos tomaron la arriesgada decisión de traducir sus textos a la lengua dominante del momento, el griego. Esto fue el origen y el destino posterior del famosa traducción de los *Setenta*. Ante las dudas y las críticas encontraron una justificación o explicación: también la traducción había sido inspirada por Dios tal como defendió con ardor Filón. Hoy sabemos que quizá el haber sido traducida al griego salvó la conservación del texto bíblico y que este no quedase reducido a algo sólo accesible para una minoría muy reducida como fue, por ejemplo, el caso de «El libro de los muertos» de los egipcios, conservado en escritura jeroglífica. La traducción salvó su perpetuación porque la *Biblia de los Setenta* o *Biblia Griega* pudo ser leída en la lengua universal y culta que era el griego en la Antigüedad. Además, y es quizá lo más importante, se convirtió en la *Biblia de los cristianos*. El que los cristianos hiciesen suya la Biblia Griega determinó que se pueda hablar del cristianismo como de una religión griega, o grecorromana, si se prefiere, y no tanto como de una religión judía. Y no solo: toda la literatura cristiana anterior a finales del siglo II está escrita en griego. Incluso en Roma parece que el primer obispo de lengua latina fue Víctor, un africano de origen, de finales del siglo II. Y la teología que ha configurado la nueva reli-

gión que denominamos cristianismo fue elaborada por santos Padres de lengua griega. Pero los cristianos de lengua latina no tuvieron escrúpulos en traducir pronto a su lengua nativa aquellos textos sagrados que desde el siglo II fueron «canonizados» dando lugar a lo que denominamos NT. La tarea fue culminada, a pesar de los escrúpulos de un pensador tan importante como Agustín de Hipona, por Jerónimo y su traducción, la *Vulgata*, fue también «canonizada» por la Iglesia romana como habían hecho los judíos alejandrinos con la *Septuaginta*.

El monopolio del *Vulgata* como traducción encontró su final con el Renacimiento y la Reforma cuando Lutero y Erasmo se atrevieron a desautorizar a la Iglesia con traducciones a las lenguas vernáculas del NT. La reacción de Trento es bien conocida, pero con el paso del tiempo comenzaron a aparecer traducciones también en español. La que aquí presentamos es la última y también diferente a todas. ¿Podemos fiarnos de las traducciones para conocer el original? Decía Borges, amante como era de las contradicciones, que «el original es infiel a la traducción». Pero se podría recordar también que Ricoeur definía la traducción como un acto de «hospitalidad», es decir de recíproca acogida.

Aplicado esto a la presente traducción, hay que decir que esta no puede separarse de los estudios exegéticos histórico-críticos que la acompañan y de la ideología de sus autores. Es evidente que toda traducción, y mucho más la presente, es una exégesis. Lo reconoce el editor cuando afirma en el Prólogo que, «a pesar de la proliferación de versiones del NT en el mercado (yo añadiría que no son tantas) hasta la fecha no existe una interpretación meramente histórica y efectuada con criterios estrictamente académicos». Con la expresión «meramente histórica» se quiere indicar, sin condicionamientos religiosos tal como se añade a continuación: «Los textos de este corpus, son objeto no de una apreciación religiosa, sino fruto de una investigación independiente». Es evidente que todas las traducciones de la Biblia han estado y estarán sometidas de manera inevitable a condicionamientos ideológicos pues cabe preguntarse también si la no fe o una forma diferente de fe no es también un condicionamiento ideológico, y no garantiza por sí mismo un «tratamiento crítico equiparable al de cualquier otro texto de la Antigüedad grecolatina», como pretende el autor-editor. Estoy pensando en el famoso caso de la denominada «Biblia del oso» de Casiodoro de Reina que de tanta fama ha gozado, además de por su calidad literaria tan alabada por una persona como Menéndez Pelayo, por su inspiración protestante. Creo que también la presente traducción del NT marcará una época por sus condicionamientos ideológicos diferentes, pero en todo caso hay que dar la bienvenida a una obra que en cierta medida es un logrado fruto de los avances que se han dado en España en el último medio siglo en los estudios bíblicos.

Creo que existían ya buenas traducciones al español como la de Nacar-Colunga, la más difundida, pero esta es una traducción diferente que debe ser leída de manera inseparable de las introducciones y de los comentarios que acompañan a cada uno de los veintisiete libros que componen el corpus canónico del N. T. Y no dejará de causar zozobra o dudas en muchos lectores y por muchos motivos. En primer lugar, por el orden de los libros que rompe con el tradicional y se atiene al que los autores consideran con más probabilidad como cronológico. También por el recurso a nevos términos que los autores consideran más apropiados respecto al original hebreo o griego. Algunos sin mayor trascendencia como el uso sistemático de «Jacobo» frente al más difundido en español «Santiago». Otros con enorme carga ideológico-religiosa o, si se prefiere, teológica, como es la traducción sistemática del griego «*Christos*» por Mesías. Y yo me pregunto: si lo que se pretende es evitar la interpretación teológica que se impuso con posterioridad de la figura de Jesús, ¿por qué no traducirlo por el más apropiado «*Ungido*»? Más de un lector experimentará cierta zozobra cuando, por ejemplo, lea el inicio de Fil: frente a la traducción de Nacar-Colunga «a todos los santos en Cristo Jesús», la que ofrece Piñero es: «a todos los santos en Jesús, el Mesías». Y esto de una manera sistemática.

Basten estos breves comentarios por lo que respecta a esta nueva y casi revolucionaria traducción. En cuanto al contenido, me parece discutible la primera afirmación con que se inicia la Introducción del libro: «El NT es el testimonio más antiguo de lo que hoy llamamos ‘literatura cristiana primitiva’». ¿No hay, según numerosos especialistas, algunas obras de los denominados Apócrifos del NT, más antiguas, como es el caso del Evangelio de Tomas, si no por la fecha de la redacción sí por el contenido? Me planteo también que para conocer los orígenes o, como A. Piñero insiste una y otra vez, lo que yo denominaría la «prehistoria» de esa nueva religión que conocemos como cristianismo habría que añadir otros libros tan antiguos y valiosos que no fueron, aunque pudieron serlo, incluidos en el canon eclesiástico del NT. Pero quizá ello exigiría otro volumen como el presente.

Paso a comentar algunos aspectos fundamentales desde el punto de vista ideológico fijándome especialmente en lo escrito por su autor principal, Antonio Piñero. Es bien sabido que la cristología fue desde los primeros tiempos el gran tema de debate teológico y el origen de la mayor parte de las denominadas «herejías» o desviaciones de la doctrina oficial. Pues bien, Piñero resalta una y otra vez que la teología de Pablo es adopcionista o subordinacionista, muy alejada, por lo tanto, del principio de consustancialidad proclamado en Nicea en el 325. Para Pablo, Jesús sería un hombre elevado a la condición divina tras ser resucitado por el único Dios. El resumen de la concepción de Piñero sobre la condición divina de Jesús podrían ser estas palabras tomadas de su Introducción a las cartas de Pablo: «Pablo reflexiona sobre el Mesías resucitado como entidad divina —el mismo concepto que aplica en p. 95 a las divinidades místicas—. Lo importante es que el mesías celeste es la Sabiduría o el Espíritu (2 Cor 3, 17), aunque sin ser igual al Dios creador, pues, aunque sea divino, está sometido a su Padre. El Mesías fue adoptado como hijo (1 Tes 1, 10) por medio de una suerte de elección,

o apoteosis —término típicamente pagano— y está en el cielo sentado junto a Dios», pp. 102-103. En nota a Mc 1, 11, p. 414 afirma, a propósito del bautismo de Jesús: «< Hijo de Dios>, en el caso de Jesús significaba probablemente que Dios lo adoptaba como hijo desde este momento (antes era un hombre sin más, aunque especial por su obediencia a Dios). Desde el momento de adoptarlo, la divinidad le otorga la función mesiánica». Se podría recordar también a propósito de las relaciones entre los Evangelistas y Pablo: «En líneas generales, la concepción paulina consiste en atribuir a Jesús una dignidad muy superior, casi divina, a la de mero profeta o mesías solo terreno», p. 387.

Se trata de unas ideas que Piñero va matizando y/o desarrollando a lo largo de los comentarios. Defiende que en Pablo no existe la doctrina de la Trinidad, una doctrina que solo se desarrollará lentamente y tendrá su expresión en Nicea y Constantinopla, sino la «Binidad», Padre-Hijo, p. 201. En p. 234 se sirve del término «binitarismo»: «Todo lo que se diga de la divinidad de Jesús como mesías resucitado tiene que cumplir este requisito único e indispensable: dentro de un cierto «binitarismo» solo hay un único Dios». En Pablo el Espíritu no se distingue bien todavía: «Tanto el Padre como el Hijo actúan hacia fuera como Espíritu, a veces el mismo», p. 201. Para Piñero el Mesías sería un ser humano deificado después de que fuese resucitado por el Padre tal como se expresa en p. 236: «Si no se sostiene que el Mesías es un ser humano deificado, Pablo estaría defendiendo aquí (1 Cor. 15, 45) su existencia real como entidad corpórea algo que no es posible en un judío observante... El Mesías como persona corpórea no es preexistente en Pablo como no lo es en el judaísmo posterior del Talmud... Ese ser humano (el Mesías) es tan especial que luego puede ser adoptado como hijo por la divinidad».

En el marco de esta concepción paulina Piñero insiste repetidamente en la idea de que, según Pablo, el Jesús Mesías no resucitó, sino que «fue resucitado» por el Padre. Así en p. 265, a propósito de 2 Cor 1, 9 afirma que «Pablo insiste repetidamente en la idea de que es Dios el que resucita a los muertos, incluido también el caso de Jesús». En definitiva, según Piñero, Pablo sería adopcionista y subordinacionista y en él «no hay una teoría bien definida de la encarnación». En p. 254, comentando 2 Cor 5, 16: «Pablo hace de Jesús un ser humano transformado -tras su resurrección-exaltación -en un ser divino, secundario ciertamente, pero divino al fin y al cabo». Con el término «secundario» ¿está pensando, me pregunto, en dioses como Esculapio o Hércules? En p. 264, a propósito de 2 Cor. 13, 11-13 afirma: «Algunos estudiosos ven en este final una declaración paulina trinitaria. Esto es altamente improbable, por no decir imposible en un pensador judío de la época del segundo Templo, como era Pablo, aunque seguro que tales formulaciones, netamente paulinas darán pie siglos después al credo de Nicea y Constantinopla». Resulta evidente que para Piñero todo el razonamiento parte del principio de que Pablo era un judío, no un cristiano. En base a Rom 1, 2, esta formulación, ser humano (adopción), resurrección, apoteosis a señor y mesías coincide básicamente con la segunda interpretación de Fil 2, 6-11, pp. 286-287: «La renuncia es recompensada espléndidamente por la divinidad tras su resurrección y exaltación» y Tesl. 1, 5, p. 120: «¿Quién es el Espíritu aquí mencionado? En estos momentos de la vida de Pablo, en los que no piensa aun trinitariamente (¿pero sí después?), el espíritu es <Dios actuando como Espíritu>..., el Mesías... es también Espíritu...». Según Rom 8, 9, p. 340: «No hay aún una doctrina clara del Espíritu como persona» y según Rom 9, 2, p. 344: «Pablo no llama Dios, sin matiz alguno además, al Jesús resucitado. Una interpretación diferente a esta sería contradictoria con los múltiples textos en los que Pablo afirma la subordinación del Hijo al Padre y que el único Dios es este». Una doctrina compartida por el evangelista Marcos según opina también Piñero en comentario a Mc 6, 4, p. 458: «La teología judeocristiana primitiva considera a Jesús fundamentalmente como profeta, *no divino* en esencia. La teología marcana prefiere la designación <Hijo de Dios>, por adopción, no por generación, con connotaciones divinas al estilo del pensamiento paulino» y, a propósito de Mc 6, 45, p. 466: «La narración es una epifanía del Jesús ya divino/exaltado al cielo»; o bien: «Jesús, como hombre que se diferencia ópticamente de la divinidad, está sometido a las decisiones de ella (la tierra). Junto con su dicho de la ignorancia del fin (13,32), supone una negación de la filiación divina de Jesús concebida al estilo del concilio de Nicea».

Me parece también importante señalar la importancia que Piñero atribuye a las religiones mistericas (o bien «religiones de misterio» que es el término del que se sirve de manera sistemática) en la configuración del pensamiento teológico de Pablo. En la Introducción a las cartas de Pablo, p. 95, matiza que Pablo asegura que con Jesús ocurre lo mismo que con las divinidades mistericas, pero matiza: «sin necesidad de copiar concepto alguno». No entiendo estos reparos en identificar la religión de Pablo con las de los misterios pues pienso que en realidad se trata de una religión misterica más y que también «copió» sus conceptos empezando con el propio término «Misterio» como reconoce en el comentario a 1 Cor 15, 51: *¡Mirad! Os digo un misterio: no moriremos todos, pero todos seremos transformados*» donde afirma: «En el ámbito corintio, *misterio*, es una probable referencia a los cultos de misterios cuyos adeptos le parecen a Pablo especialmente aptos para convertirse al Mesías», p. 237, n. 51. Baste recordar también que en el comentario a 1 Cor. 35-38 afirma: «Es una exposición en la pluma de Pablo de la teoría muerte (de la semilla) y resurrección, base de las religiones mistericas».

También recurre a las religiones de misterio para explicar el significado del bautismo: «En el bautismo se imita la peripecia de la muerte y resurrección de Jesús: sumergirse de cuerpo entero en el agua durante segundos y dejar de respirar es un símbolo de morir con el Mesías (Rm 6,4); volver a la vida al surgir del agua y respirar de nuevo es un símbolo de resucitar con el Mesías. Al participar de esta peripecia vital del Mesías —*que*

muere y resucita al igual que las divinidades de los cultos de misterio— y si se mantiene fiel a lo largo de lo que le quede de vida, significa a la postre la seguridad de resucitar con él (Rm 6, 1-5)», p. 333, n.4.

No me consta, sin embargo, que entre las religiones místicas se practicase algo similar a lo que afirma Piñero y que yo llamaría «bautismo vicario»: «Bautizar por los muertos 1 Cr. 29: se deduce con claridad que existía tal costumbre -que consistía en que si un familiar ha fallecido, se podía uno bautizar por él para que recibiera la gracia del bautismo. *Algo parecido se hacía en algunas iniciaciones de los cultos de misterio* y lo hacen hoy día los mormones. Los corintios creían que esta práctica era provechosa y Pablo no la crítica expresamente», p. 234.

Una última observación sobre las ideas centrales que repite A. Piñero: «a Pablo como a Jesús, jamás se le pasó por la cabeza fundar religión alguna... La contribución de Pablo a los cimientos de una religión nueva es involuntaria y fue como una semilla, que desarrollaron sus seguidores y que se concretó en un nuevo culto (yo preferiría decir sistema religioso), ante todo por las consecuencias del <retraso>de la parusía», p. 255, n. 17; «la religión de Pablo fue siempre el judaísmo» y «Pablo se mantuvo toda su vida dentro de la obediencia a la ley de Moisés»; que no intentó fundar una nueva religión, leiv motiv de todo el pensamiento del autor. Pero habría que matizar afirmaciones como que la civilización occidental es producto de Pablo, algo que me parece incompatible con las interpretaciones incorrectas de su doctrina que, según Piñero también, se impusieron después. Al final de la p. 111 alude al antijudaísmo al que llevaron algunas interpretaciones de Pablo: ¿está pensando en Lutero a quien no se atreven a criticar abiertamente muchos de los estudiosos recientes del NT? Me sorprende también que Piñero no parece partidario de hablar de «los cristianismos» que convivieron en los primeros tiempos, un término al que recurren muchos estudiosos modernos.

Hasta aquí algunos comentarios de tipo teológico a esta importantísima obra editada por Antonio Piñero. Añadiré algunas observaciones de carácter más formalista. Estoy totalmente de acuerdo en la decisión de traducir Fil 1,1 «los *episcopos* y diáconos» pues me parece apropiada la idea de servirse de forma sistemática del término *Episcopos* frente a *obispos* para marcar la diferencia con la figura posterior. Sin embargo, Piñero se equivoca en la interpretación del origen histórico y la ubicación geográfica de los Gálatas. En p. 132 dice: «Eran oriundos de las Galias, de donde habían emigrado en el siglo IV a.e.c. y se habían asentado primero en los Balcanes y luego en el centro-norte de Asia Menor, la actual Turquía. Ancira, hoy Ankara, era ya su capital hacia el 280 a. C.». Aparte la incoherencia de recurrir en el mismo pasaje a la era cristiana y a la era «descristianizada», el autor comete varios deslices históricos. Los Galos no procedían de la Galia sino que eran pueblos que se extendieron por Europa a mediados del primer milenio antes de la era y llegaron por Occidente a la actual Francia. También cruzaron los Alpes y ocuparon el norte de Italia, lo que los romanos denominaron la Galia Cisalpina, llegando hasta Roma a la que llegaron a poner cerco a comienzos del siglo IV. En su expansión por el Oriente de Europa ocuparon también Asia Menor hasta que se vio frenada su expansión por los reyes de Pérgamo quedando reducidos a la parte central de la península de Anatolia. En este territorio los romanos formaron la provincia de Galacia en el 19-18 a. C. haciendo de Ankara la capital provincial. Seguidamente el autor afirma que esta provincia estaba constituida por pueblos y etnias tan diversas como los de Pisidia, Licia, Frigia y Paflagonia que «formaban la provincia romana de Galacia». La realidad es que en época de Pablo cada uno de estos pueblos formaba una provincia romana diferente por lo que los gálatas a los que se dirige Pablo eran un pueblo étnica y culturalmente homogéneo, aunque ya profundamente helenizado y romanizado.

Una última observación. Sorprende que la obra no incluya una bibliografía. Es cierto que la relación de los estudios sobre el tema sería inacabable y que detrás de las introducciones y los comentarios —por cierto, más amplios y logrados los de A. Piñero que los de los otros autores— subyacen muchos años de estudios, así como una amplia y rica bibliografía. Pero no hubiera estado de más una selección bibliográfica que acompañase a una obra como está que marcará un antes y un después en los estudios sobre el Nuevo Testamento.

RAMÓN TEJA CASUSO
Universidad de Cantabria